EL HOMBRE DE LA VENTANA

Dos hombres muy enfermos ocupaban la misma habitación del hospital. A uno se le permitía sentarse en su cama cada tarde, durante una hora, como ayuda para drenar el líquido de sus pulmones. Su cama daba a la única ventana de la habitación. El otro tenía que estar todo el tiempo boca arriba. Los dos charlaban durante horas; hablaban de sus familias, hogares, trabajos, del servicio militar, de sus últimas vacaciones… Y cada tarde, cuando el hombre de la cama junto a la ventana podía sentarse, pasaba el tiempo describiendo a su vecino todo lo que podía ver desde ella. El compañero deseaba que llegaran esas horas en las que el mundo se ensanchaba y cobraba vida con todos los colores del mundo exterior. La ventana daba a un parque con un precioso lago; patos y cisnes jugaban en el agua, mientras los niños volaban sus cometas; jóvenes enamorados paseaban de la mano entre flores de todo tipo; grandes árboles adornaban el paisaje, y se podía ver en la distancia una bella vista de la ciudad. El hombre de la ventana describía todo con detalle exquisito; el otro cerraba los ojos e imaginaba la idílica escena. Cierta tarde le describió un desfile que pasaba, y aunque el otro hombre no podía oír la banda, sí podía verla con los ojos de su mente, exactamente como la describía el hombre de la ventana con sus mágicas palabras. Pasaron días y semanas... Una mañana, al entrar la enfermera, encontró el cuerpo sin vida del hombre de la cama junto a la ventana: había muerto plácidamente mientras dormía. El otro hombre pidió ser trasladado a esa misma cama, ahora vacía. La enfermera le cambió encantada y, tras asegurarse de que estaba cómodo, salió de la habitación. Lentamente, con dificultad, se irguió sobre el codo con intención de lanzar su primera mirada al mundo exterior; por fin tendría la alegría de verlo él mismo. Se esforzó para girarse y mirar por la ventana, y lo que encontró fue la visión de… ¡"una pared blanca"! Sorprendido, llamó a la enfermera y le preguntó qué podría haber motivado que su compañero le describiera cosas tan maravillosas a través de la ventana. La enfermera le dijo que su compañero era ciego y que no habría podido ver ni siquiera la pared, y añadió: *"Quizás sólo quería **animarle** a usted"*.

Ciertamente causa una tremenda felicidad el hacer felices a los demás, sea cual sea la propia situación. Es cierto que sólo quien vive la vida en plenitud y quien tiene un espíritu de servicio puede *"dar ánimo"*, alentar, dar esperanza, regalar vida.

Hoy es la **Solemnidad de Pentecostés, la fiesta del Espíritu Santo**, el gozo de saber que vivimos de un Espíritu -en mayúsculas- que no es humano, que viene de Dios y que nos hace… "divinos". El Espíritu transforma y recrea, nos los enseña todo, nos muestra la verdad de la vida y las cosas, nos defiende y nos alienta en las dificultades, nos libera de la mentira y la falsedad, elimina guerras y odios, envidias y enemistades, y crea fraternidad entre los hombres; visita a los afligidos, consuela a los tristes, ayuda a los pobres… Mediante el Espíritu, Dios mismo vive en nosotros. Y el hombre, lleno del Espíritu de Dios, "agraciado" por este Don -nunca como fruto del esfuerzo humano-, se convierte en ser espiritual, para el cual lo imposible se hace posible. Y nos convertimos, como el ciego de la cama junto a la ventana en *"dadores de vida"* para los otros.

¡Qué espléndida la descripción del mundo que nos dejó Isaías cuando reine en él el Espíritu de Dios! (Is 11, 1ss). *"El Padre dará su Espíritu a aquellos que se lo pidan"*, decía Jesús. Pidámoslo para nuestro mundo.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM

Solemnidad de Pentecostés - Ciclo C
5 de junio de 2022